CONSTRUYENDO SOCIEDAD

Fundación Rodolfo Benito Samaniego

Revista de Derechos Humanos Rodolfo Benito Samaniego Número 4 Año: 2019

«Ciudadanía intercultural en la era postmulticultural»

Ricard Zapata,
Universitat Pompeu Fabra.

«La interculturalidad y su impronta en la eliminación de los prejuicios»

Hana Jalloul,
Diputada Asamblea de Madrid.

INTERCULTURALIDAD Y DERECHOS HUMANOS

CIUDADANÍA INTERCULTURAL EN LA ERA POSTMULTICULTURAL

RICARD ZAPATA

Universitat Pompeu Fabra

Ricard Zapata Barrero

Catedrático del Departamento de Ciencias Políticas y Sociales, Universitat Pompeu Fabra (Barcelona-España).

Director del Grupo Interdisciplinario de Investigación sobre Inmigración) y del Programa de Maestría en Estudios de Migración. Miembro del Consejo de Administración de la Red Europea IMISCOE (Migración Internacional y Cohesión Social en Europa) y preside el Comité de Asuntos Exteriores. Cocordinador del Comité Permanente de IMISCOE sobre Enfoques Metodológicos y herramientas en Investigación Migratoria.

Coordinador actual de la Red Euromediterránea de Investigación sobre Migración y de la Red EUMedMi Jean Monnet «Mapeo de los estudios europeos sobre la migración mediterránea». Además, es miembro de los consejos editoriales de varias revistas académicas.

Sus líneas de investigación abordan temas contemporáneos de la democracia liberal en contextos de diversidad, especialmente la relación entre democracia, ciudadanía e inmigración. Promueve el conocimiento interdisciplinario sobre inmigración, combina teoría estudios de casos, y sigue enfoques contextuales, conceptuales e interpretativos.

Intenta contribuir a los cambios sociales y políticos, y al enfoque europeo y mediterráneo en los estudios de migración.

Actualmente está trabajando en Migración Mediterránea, Ciudades de Migración y desarrollando el Paradigma de Ciudadanía Intercultural.

Quisiera agradecer la invitación de la Fundación y que me ofrezca la oportunidad de compartir con ustedes los resultados de un proceso de reflexión que me ocupa ya unos años en torno a preguntas sustanciales de nuestra época sobre la (más sociológica) ¿cómo vivir juntos en un entorno crecientemente diverso? o ¿cómo gobernar y gestionar la diversidad? (más política). Me siento yo mismo en este proceso de debate que está ocupando Europa desde hace décadas, pero quizás con más preocupación estos últimos años, con el asentamiento de ideologías hipernacionalistas y tras la constatación de que el paradigma que ha dominado Europa, exportado de Canadá y con apoyo de académicos de Estados Unidos, el multiculturalismo, parece no haber conseguido calar en Europa, excepto en el mundo anglosajón, que se define todavía, aunque mucho menos frecuentemente, como multicultural[1].

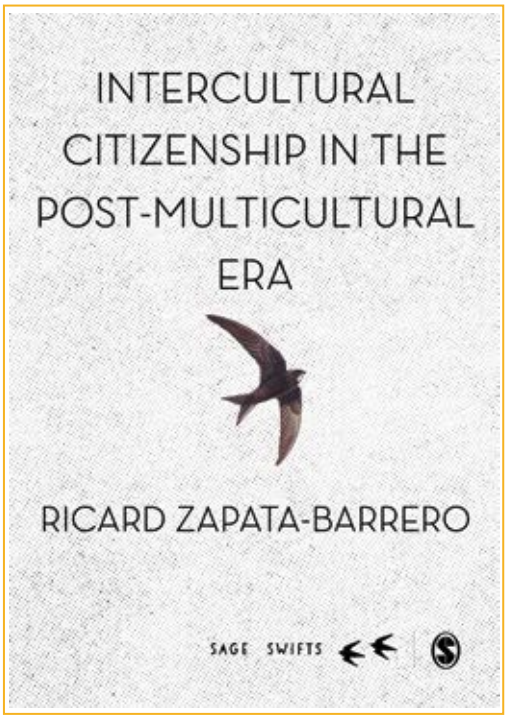
Mi propósito en esta conferencia es doble: hacer un diagnóstico de los principales parámetros del modelo multicultural, siguiendo las grandes líneas del debate desde los años 80 del siglo pasado, y avanzar que hoy en día, con una realidad muy distinta a la que ocasionó el paradigma multicultural, con una realidad más compleja y probablemente con un ambiente de securitización ligado a la diversidad que no existía en el siglo pasado, cuando se gestó el multiculturalismo (MC), esta manera de enfocar las políticas de gestión de la diversidad, si bien puede ser útil en casos concretos, no puede ser defendida ni académica ni políticamente como la única política universal que dé respuesta a las preguntas anteriores, puesto que estamos en lo que yo denomino una era postmulticultural. ¡Hoy en día ya prácticamente ningún político quiere ser identificado con el multiculturalismo, y apenas existen académicos que defiendan el multiculturalismo sin límites! En este proceso de diagnóstico, el paradigma intercultural, que defenderé, presenta una serie de ventajas y llena unos vacíos del paradigma multicultural que hay que tener en cuenta, especialmente a otras escalas territoriales como es el nivel local (tanto de ciudad como regional).

Según me han pedido, y así consta en el título anunciado, la base de mi conferencia es la reciente aparición de mi libro *Intercultural citizenship in the post-multicultural era* (publicado por Sage)[2].

Dejadme que ante todo lo contextualice brevemente. El libro recoge artículos publicados en revistas y capítulos de estos últimos tres años. Para mí representó una oportunidad de detenerme y ampliar otras dimensiones del interculturalismo (IC) que no había tenido tiempo de explorar.

Estoy con este tema a nivel personal desde hace ya unos años, y hago mía la reflexión de Kymlicka[3], el gran mentor del multiculturalismo, cuando haciendo uno de los últimos balances del multiculturalismo dice que muchas de las críticas proceden ahora no de fuera, sino de dentro de los multiculturalistas. Me siento dentro de este perfil que he experimentado yo mismo en mi evolución académica, este paso del multiculturalismo al interculturalismo.

He contribuido al programa intercultural del Consejo de Europa desde su gestación en el 2008. Y también a potenciar Barcelona dentro de este marco, además de crear una red de ciudades interculturales en España, como la primera red en Europa, que funciona como punto de contacto del Consejo de Europa ya desde hace años y de la cual yo cedí a otros su gestión y promoción.



Portada del libro Intercultural citizenship in the post-multicultural era, publicado por la editorial Sage.

A nivel académico, el detonante fueron las discrepancias que tuve con T. Modood[4] en nuestros encuentros de investigación, un académico reconocido en Inglaterra, y buen amigo, donde potenciamos el debate en un libro editado y financiado por la European Foundation (*Interculturalism and Multiculturalism: debating the dividing lines*, 2015, Edinburg UP), con contribuciones de los mayores representantes de cada paradigma, entre otros Kymlicka, Taylor[5], Parek[6], Bouchard[7], Cantle[8], etc.), y también un monográfico especial promovido por Comparative Migration Studies, donde su dirección nos invitó a expresar nuestro punto de vista divergente, con el compromiso de implicar a otros académicos que formularan críticas y con la posibilidad de articular una respuesta nuestra al final. Aquí contribuyeron al debate Christian Joppke, Riva Kastoryano, Oosterlynck, François Boucher y Joselyn Maclure, entre otros. Escribí un primer artículo titulado: Interculturalism in the post-multicultural debate: a defence, y otro final de réplica donde insistí en la idea de Mc and Ic: alongside but separate (¡juntos, pero no revueltos!). Esto me permitió dejar las cosas claras sobre mi relación con el multiculturalismo. También hay un libro previo, fruto de una conferencia internacional que organicé en Montreal durante mi Sabático en 2012, y que Edward-Elgard publicó con el título ya explícito: *Interculturalism in Cities: Concept, Policy and Implementación*, donde de nuevo reuní a académicos «IC-friendly», partidarios del interculturalismo quizás con una dimensión más práctica, para argumentar en torno a la relación entre Concepto y Política, y su implementación.

También este libro es el resultado de mis relaciones académicas muy abiertas con interculturalistas como Ph. Wood[9] y T. Cantle, o con el mismo G. Bouchard en Quebec. Tales relaciones reforzaron mis posiciones durante estos años y tuve ocasión de agrupar todas estas reflexiones dispersas. Con este libro se termina pues un proceso y comienza quizás otro.

¿Qué podemos encontrar en este libro?

Un contexto académico. No podemos entender el interculturalismo como paradigma político si no lo situamos como contrapunto al dominio durante más de dos décadas del multiculturalismo.

Para hacer bien la distinción, siempre comienzo con mis alumnos con un ejemplo concreto. Ante personas inmigrantes de culturas diferentes con ciudadanos nacionales, el multiculturalismo y el interculturalismo tienen planteamientos diferentes sobre cómo vivir juntos. El multiculturalismo se plantea cuáles son los rasgos que diferencian estas personas, y si diagnostica que estas diferencias pueden ser objeto de desigualdad y discriminación, entonces «desenfunda» una serie de derechos compensatorios hacia los que padecen «discriminación» para restablecer igualdad. En este sentido, el multiculturalismo sigue unos parámetros de igualdad, de justicia y de derechos humanos, y estos parámetros le hace defender la necesidad de otorgar derechos diferentes para aquellos que son diferentes. Esto fue un gran riesgo en la época, ya que topó de lleno con la tradición liberal más individualista, que no contemplaba proporcionar derechos basados en una concepción de grupos. Es cierto que los primeros multiculturalistas (Kymlicka, Taylor, Parekh, por citar a sus centrales) procedían todos ellos de una tradición liberal que había estado reflexionando desde los años 70 sobre una sociedad justa (la tradición rawlsiana), de ahí que la primera pregunta que ellos planteaban no era el cómo vivir juntos simplemente, sino cómo vivir en una sociedad justa. Y este enfoque de justicia contaminó toda la reflexión sobre los derechos diferenciados. Visto en perspectiva, la defensa del derecho a la diferencia aplicado a los grupos nacionales inmigrantes, no es más que la aplicación del principio rawlsiano de la diferencia, pero aplicado a grupos y no a individuos. La inspiración original del multiculturalismo también es la visión hegeliana de la historia como una lucha constante por el reconocimiento. Debemos este enfoque a Ch. Taylor y su derecho al reconocimiento en sociedades multiculturales. También hay un tercer ingrediente para entender los preparativos del multiculturalismo, y no son más que las reivindicaciones de los años 60 en EE. UU., de derechos civiles, en luchas raciales y de reconocimiento por parte de la población negra. De hecho, el multiculturalismo tiene una lógica de reivindicación similar a la de los derechos civiles raciales de estos años.

Ante la misma situación de varias personas procedentes de culturas diferentes, el interculturalismo no se plantea ya por las diferencias como premisa, sino todo lo contrario, por las similitudes. ¿Qué une a estas personas más allá de sus diferencias? De hecho, en Europa, el primer escrito que reivindica el interculturalismo procede de un informe que hizo T. Cantle en 2001. La situación fue la siguiente: Tony Blair estaba muy preocupado por

Ante personas procedentes de culturas diferentes, el Interculturalismo se plantea como premisa sus similitudes.

una oleada de disturbios en muchos núcleos urbanos británicos, especialmente con gran componente diverso. Su pregunta fue sencilla. ¿Cómo es que nosotros, que somos el modelo de sociedad multicultural, tenemos estos conflictos en las ciudades? Ordenó este informe, y T. Cantle se paseó y entrevistó, observó en todas estas ciudades, y escribió un informe con muchas recomendaciones, pero su piedra angular fue demoledora contra el multiculturalismo: su mensaje fue claro y caló en toda la clase política británica: el origen del conflicto está en el desconocimiento entre grupos de inmigrantes, en la falta de contacto; hay que promover contacto como base para la reconciliación, y esta es la base del interculturalismo. Colmar un vacío que el multiculturalismo no había contemplado: el contacto, las relaciones interpersonales.

La premisa es que, para que dos personas diferentes se pongan en contacto, se necesita un mínimo común, y por lo tanto, la pregunta fundamental no debe girar en torno a identificar las diferencias, sino lo que une a todas estas personas a pesar de tener religiones, culturas, lenguas diferentes.

Vemos que los dos paradigmas toman pautas diferentes, a pesar de que ambos sigan parámetros de derechos humanos. Todos asegurarán que siguen pautas de derechos humanos. Quizás el paradigma intercultural tiene una base más humanista, puesto que su enfoque radica en identificar aspectos de la Humanidad Común.

Lo que queda claro con estos ejemplos es que la población cada vez más diversa (de culturas, nacionalidades, lenguas, religiones, etc.) que tenemos en nuestras ciudades es una consecuencia directa de la movilidad humana provocada por la globalización. Los Estados asumen que esta diversificación debe gestionarse, porque sin intervención suele generar extremismos ideológicos, fragmentación política, división social, xenofobia y racismo cotidianos. Pero no acaban de encontrar una manera eficaz y duradera. Tras más de tres décadas de exploración, estamos hoy en día en una fase de frustración. El problema de fondo es que todavía no se acaba de tomar en serio la irreversibilidad de este proceso, y probablemente nuestras generaciones futuras estudiarán el presente con cierto estupor. Algo muy similar al cambio climático, que vemos como cuesta todavía asumir en nuestras estructuras políticas y sociales.

Pero hoy estas propuestas están acabando en frustración al constatar cómo en algunas ciudades se ha segregado territorialmente la diversidad y mezclado con desigualdades socioeconómicas, y en otros barrios ni siquiera ha logrado penetrar. Actualmente vemos cómo la diversidad sigue siendo un factor claro de desigualdad económica y de nuevos procesos de dominación. La denuncia de las discriminaciones relacionadas con la diversidad es nuestra forma de generar consciencia. La brecha de la diversidad existente en la administración pública, la policía, la escuela, los partidos políticos, sigue

La población cada más diversa (de culturas, nacionalidades, lenguas, religiones, etc.) que tenemos en nuestras ciudades es una consecuencia directa de la movilidad humana provocada por la globalización. Foto: © Rawpixelimages | Dreamstime.com

siendo también una asignatura pendiente muy similar al proceso de incorporación de la mujer.

Por lo tanto, existe una palpable decepción por haber puesto las expectativas del multiculturalismo muy elevadas, combinando reconocimiento de la diferencia, con parámetros de igualdad y con una alta dosis normativa de querer alcanzar una sociedad justa en gestión de diversidad, lo cual no solo no ha dado todos sus resultados, sino que además probablemente ha contribuido a generar conflictos, puesto que al reivindicar reconocimiento de la diferencia y trasladar todas estas reivindicaciones en cuestión de derechos (el derecho a la diferencia), quizás territorializó demasiado la diferencia cultural y no supo tampoco dar respuesta al factor socioeconómico de la desigualdad o al hecho de que muchos problemas generados en una sociedad diversa combinan factores culturales con socioeconómicos y educativos. Esto es lo que denomino contexto postmulticulturalismo, donde el multiculturalismo toma conciencia de sus límites (subtítulo del libro) y de haber cedido a un todo vale en el reconocimiento de la diferencia, quizás dominado por un buenismo ingenuo, sin poner límites de derechos humanos a ciertas prácticas culturales. En este contexto académico y público (recordemos a Merkel, Cameron y Sarkozy, quienes encendieron las redes declarando la muerte del multiculturalismo en los años 2010-11) surgen las políticas nacional cívicas que apuestan más por reclamar deberes a los inmigrantes en lugar de derechos diferenciados, como lo hacía el multiculturalismo (su motto maximalista sería no otorgar derechos sin antes exigir deberes). Aquí surgen los test de integración y de ciudadanía que proliferan por toda la geografía europea como versión aplicada de esta filosofía nacional-cívica surgida en Europa durante la década pasada. Es una combinación de conocimiento sobre el país, sus instituciones y formas de organización, con mínimo de conocimiento de lengua, historia y costumbres.

Este proteccionismo nacional-estatal es un primer fuerte revés al dominio del multiculturalismo de las primeras décadas. Aquí entra la contundente reacción fuerte en la primera década de este siglo, con un ataque frontal al multiculturalismo y una renovado apoyo a aquellos que exigen antes unos deberes mínimos requeridos para vivir juntos: una lengua mínima vehicular, pero también, compartir símbolos y conocimientos históricos nacionales.

En este contexto de dos ideologías de gestión de la diversidad enfrentadas surge el paradigma del interculturalismo, como una tercera vía: llena un aspecto olvidado, tanto por el multiculturalismo como por el proteccionismo nacional-estatal: en lugar de centrarse en deberes o derechos, se centra en el contacto y las relaciones, y augura que esto ha sido el gran déficit de los demás paradigmas.

La base del interculturalismo es que las dos propuestas de la primera década de este siglo no acaban de ver que muchos de los problemas derivados de la población diversa se debe a la falta de contacto y de conocimiento mutuo. Esta es la base de la propuesta intercultural. Para entrar en esta filosofía se requiere pensar la diversidad desde la diversidad y no desde unos parámetros estatales que tienden a interpretarla en términos securitarios y de inestabilidad, de alteración de una identidad nacional que suponen como fija y permanente. Vivir juntos en la diversidad no puede ser otra cosa que el producto de un aprendizaje y resultado de socialización que los poderes públicos deben responsabilizarse en proporcionar a su población. Y lo primero que hay que conseguir es que toda la población reconozca la diversidad. ¡En breve todos seremos los «otros»! Sin este prerrequisito, difícilmente las personas tendrán predisposición de entrar en contacto positivo con otros, sino que siempre lo hará negativamente, orientados por prejuicios/estereotipos, en un ambiente de conflicto. Además, este reconocimiento de la diversidad puede actuar como antídoto contra cualquier tipo de fundamentalismo, de querer imponer una visión del mundo a otros.

Vemos que el interculturalismo comparte con los otros dos una premisa fundamental sin la cual no podemos continuar el debate: el reconocimiento de la diversidad como hecho ineludible, producto de la globalización. Sin este reconocimiento es muy difícil proseguir, pues probablemente caemos en algún tipo de fundamentalismo y radicalismo, que se asemejan entre ellos, llámense supremacismos o islamismos, puesto que se basa en una relación de poder y hegemónica y en una negación de la diversidad, que como el cambio climático, debe ser incorporada dentro de la agenda de la sociedad y de la política, y buscar mecanismos para su gestión, porque sin intervención política, su dinámica puede ser fuente de problemas y de conflictos sociales y políticos.

En resumen, en esta era histórica, plantearse la diversidad en términos dicotómicos (favor/contra) contraviene el curso histórico actual. La diversidad debe ser gestionada considerándola como un recurso por sí misma. Es una evidencia que no todos acaban de ver, que una sociedad políglota y con muchos registros culturales tiene un potencial de capacitación humana que nos puede permitir actuar globalmente en una economía mundial interconectada, promover una sociedad creativa e innovadora. La divisa debe ser: Si queremos tomar en serio la diversidad, ¡hagámosla trabajar!, como un activo para el desarrollo. Aquí entra la dimensión de la política como ingeniería social. Esto nos va a obligar a reiniciar (en términos informáticos) nuestros parámetros de cómo vivir juntos. Los extremismos xenófobos y las políticas del miedo, son, como yo presagio, tan solo unas últimas formas románticas de resistir un curso histórico que es y será de la diversidad. Pretendiendo seducir a la población con narrativas retrógradas, de querer esencializar una identidad nacional que apenas existe (ser español/francés /italiano de raíz, ¡qué sentido tiene hoy en día,

En lugar de centrarse en deberes o derechos, el Interculturalismo se centra en el contacto y las relaciones.

Al promover el contacto y las relaciones interpersonales, el Interculturalismo trabaja una concepción más compleja de la diversidad.

si todo es fruto de la fusión y la mezcla cultural!). Este proceso de globalización invertida, de renovado nacionalismo estatal, forma parte de una ecología social insostenible. Debemos repensar los fundamentos de nuestra sociedad y política en sociedades de identidades múltiples. Es el turno del interculturalismo.

Si compartimos pues esta premisa de la diversidad, el objetivo se convierte en cómo incorporar la diversidad en nuestras instituciones, la línea general (mainstream) que articula las estructuras de nuestra sociedad.

La necesidad de intervención política es una cosa, la forma en cómo se interviene, los parámetros que hay que seguir para orientar la intervención, los principios y valores que hay que seguir, se convierte entonces en el principal marco del debate.

Probablemente la forma en cómo se interpreta la categoría de diversidad, los efectos que puede provocar su dinámica si no se interviene, es el siguiente paso tras el reconocimiento de la diversidad, puesto que el paradigma multiculturalismo tiene una interpretación de la diversidad diferente al interculturalismo.

En el debate actual, ya se habla de superdiversidad, una forma de enfatizar la complejidad del tema, y la necesidad de tener una percepción más interactiva (interseccional) entre varias formas de diversidad y multivariable (no unívoca). También es una forma de romper esta percepción esencialista de la diversidad únicamente basada en la cultura nacional de una persona. La diversidad es un conjunto de categorías, producto de construcción política y social, ligado a la discriminación, a la desigualdad y a las relaciones de poder en nuestra sociedad. La orientación sexual, la edad, la minusvalía son quizás formas tradicionales, junto con el nivel de educación, el nivel económico, el género, y otros factores que nos ayudan a explicar y entender las desigualdades y las relaciones de poder. Con la llegada de inmigrantes se añaden las prácticas culturales, pero también factores relacionados con la raza, la lengua, la religión. Todo este conjunto de categorías de diversidad debe ser visto conjuntamente, y a veces interactúan en una misma persona de forma diferente. El multiculturalismo ha tenido siempre una concepción esencialista, racial y nacional de la diversidad y no ha conseguido vincular estas categorías de diversidad con otras. Sabemos, por ejemplo, que el racismo tiene un componente socioeconómico, de lo contrario no se explicaría por qué el racismo se despliega más en situaciones de competencia en el mercado laboral o en contextos de desigualdad económica.

Esta concepción de la diversidad tiene unas implicaciones fundamentales. De entrada, rechaza esa tendencia sutil de que quien define la diversidad no se incluye nunca dentro de ella. El uso de la categoría de diversidad como eufemismo para designar a los otros debe ser

rechazado. ¡En una sociedad diversa, no hay un «nosotros» frente a un «otros», sino que todos somos «otros»!

El interculturalismo tiene la ventaja de que, al promover el contacto, las relaciones interpersonales, trabaja con una concepción más compleja de la diversidad. El fomento del contacto entre varias categorías de diversidad se presenta como una estrategia fundamental para poder vivir juntos y fomentar cohesión en la sociedad, sentimiento de pertinencia mínimo necesario (no necesariamente vinculado a nacionalidad, sino el territorio, como enseguida voy a señalar). ¡Es un sentimiento de pertenencia en el espacio público y no necesariamente a ninguna bandera!

También el paradigma intercultural ofrece no solo una nueva forma de focalizar las políticas, sino que necesariamente abre el camino para pensar la gestión de la diversidad a nivel micro, de ciudad, de vecindad y no tanto como los otros dos paradigmas, que son paradigmas estatales. De hecho, el interculturalismo es la respuesta a la pregunta sobre cómo vivir juntos cuando se formula desde la perspectiva local, y no estatal. ¡De ahí que no hable en términos de derechos y deberes, sino de espacios de contacto, de proximidad y relaciones cara a cara!

Este paso de lo estatal y nacional a lo local es fundamental para entender bien las señales de identidad del interculturalismo. El argumento aquí es que el interculturalismo es expresión del «giro local» que están presenciando las políticas de inmigración y de diversidad. Esto resulta evidente en numerosas declaraciones y acuerdos a nivel de la UE que resaltan la importancia de lo local para la gestión de la inmigración. Hay un evidente fomento de redes de ciudades, y las ciudades se convierten en interlocutores directos con la UE sin pasar por el filtro nacional/estatal. El argumento fuerte aquí es que en la era multiculturalismo se pensó la gestión de la diversidad con parámetros estatales, y sabemos que estos parámetros tienen únicamente el lenguaje de los derechos y de los deberes como forma de gestión de la diversidad. De ahí que tanto el multiculturalismo como el nacional-civismo sean filosofías pensadas desde lo estatal y lo nacional y no desde lo local, desde el ámbito ciudad o regional. También tiene como efecto que se ha pensado la igualdad en términos de derechos y deberes, en vez de la igualdad en términos de discriminación, socioeconómico, de iguales condiciones para fomentar el contacto.

Hay otro presupuesto importantísimo que hay que tener en cuenta. El multiculturalismo ha sido una narrativa «cocinada» desde el laboratorio, desde la universidad, de arriba hacia abajo, desde lo universal sin tener en cuenta el contexto. Responde a un modelo racional y racionalista de la gestión de la diversidad que hay que rechazar puesto que antepone la Idea a la Práctica real.

A diferencia del multiculturalismo, el interculturalismo es una filosofía pragmática, creada desde la práctica, desde las necesidades locales, muy contextual. Es una forma de gestión de la diversidad basada en el terreno. Yo mismo insisto en el libro en que hay muchas ciudades que eran interculturales sin saberlo, porque veían que el contacto era el gran olvidado de los paradigmas existentes. Pensar cómo vivir juntos desde lo local implica seguir unos parámetros mucho más pragmáticos (yo hablo en el libro del giro pragmático en la gestión de la diversidad), desde la base de las necesidades de quienes viven en la ciudad y evitar conflictos de convivencia. El interculturalismo invita a pensar la gestión de la diversidad fomentando el contacto a nivel micro, de calles, de barrios, de espacio público, concepto totalmente desatendido por el multiculturalismo, que no ha pensado la diversidad en el espacio público, en todos los espacios donde se producen frecuentes contactos entre personas de diferentes orígenes y con diferentes categorías de diversidad.

Cada vez estoy más interesado en los supuestos epistemológicos de estos debates. Me planteo cómo se produce el conocimiento sobre la diversidad y estoy cada vez más convencido de que detrás de cada paradigma hay epistemologías diferentes. De ahí que haya hablado en el Editorial de Racial and Ethnic studies que escribí este año, de la necesidad de enfocar estos temas siguiendo una metodología intercultural, rompiendo (hablo en términos de breaking) muchos de los marcos conceptuales que han dominado y legitimado el multiculturalismo.

De hecho, el interculturalismo rompe epistemológicamente con al menos tres marcos teóricos que han dominado el debate.

En primer lugar, la relación entre minorías y mayorías no tiene sentido si se toma la diversidad en serio. En una sociedad diversa quién es mayoría y minoría deja de tener un significado empírico, puesto que todos somos «otros», ya no hay un «nosotros» enfrentado a un «ellos». En el Master on Migration studies que yo mismo dirijo en la UPF, entre 25 alumnos, hay 16 nacionalidades (sin contar que muchos se sienten con varias nacionalidades, al ser hijos de matrimonios mixtos). Casi no se repiten las nacionalidades, y la primera reflexión que les invito a hacer es que si dicha clase se considera un microcosmos de lo que será la sociedad del futuro, no tiene sentido usar la diferencia entre mayoría y minoría para hacer un diagnóstico de la sociedad diversa, puesto que no hay mayorías ni minorías en una sociedad diversa, o bien la mayoría y minoría conserva su poder explicativo para hacer visibles las relaciones de poder, pero no puede ser la base para legitimar políticas.

Igualmente, otro marco teórico que debe ser cuestionado es la relación entre Unidad y Diversidad. Desde el punto de vista de una metodología intercultural, no se puede contraponer una supuesta Unidad-homogénea a una Diversidad-heterogénea, ya que la Diversidad es la Unidad básica de análisis y no se puede contraponer a ninguna unidad nacional homogénea. Se puede, eso sí, buscar puntos comunes dentro de la Unidad en la Diversidad, pero en ningún caso puede pensarse esta Unidad en términos de mayoría frente a una minoría. Creo que me explico con suficiente claridad y soy consciente de que mis palabras pueden ser percibidas como un cierto

El paradigma intercultural tiene un componente socializador que hay que potenciar en contextos de diversidad.

desafío a nuestras tradiciones nacionales, pero pensar la diversidad desde la interculturalidad implica tener que enfrentarse a la interacción entre Diversidad y tradición nacional.

Finalmente, un tercer marco teórico substancial del paradigma intercultural, y para mí quizás uno de los más importantes, incorpora dentro de su enfoque político un público objetivo totalmente descuidado: la misma ciudadanía nacional, que ha sido «abandonada» por quienes han pensado la sociedad diversa en términos multiculturalismo. Los ciudadanos nacionales nunca han sido objeto de atención de las políticas multiculturalistas. Es más, siempre los ha demonizado y vistos como «enemigos» o parte del problema. Abandonados a su suerte, sin tener instrumentos heurísticos para interpretar el contexto cambiante de su entorno, están siendo presa fácil de narrativas hipernacionalistas, supremacistas, xenofóbicas y racistas. Para mí, todas estas nuevas ideologías formadas a partir de la diversidad, no son más que productos del fracaso de las políticas convencionales.

En el libro, siguiendo este enfoque epistemológico, hablo de estos tres marcos conceptuales como tres «ídolos» (recordando a F. Bacon, que son prejuicios del conocimiento y que impiden su desarrollo). Al final, lo que llego a decir es que esta revisión epistemológica pone en evidencia cómo la visión estatal y nacional ha dominado el debate sobre la gestión de la diversidad, sin dejar lugar para una visión más pragmática, de proximidad, la visión de la política micro, que aporta lo local. El diagnóstico extremo al que llego, el final del camino, es que el dominio de los Estados no ha dado sus frutos y, por lo tanto, es necesario que los entes locales puedan ser reconocidos como actores e interlocutores válidos para poder contestar a la pregunta sobre cómo vivir juntos, cómo gobernar la diversidad.

Este enfoque más de proximidad, contextual, es fundamental, pues permite conectarse con nuevas dinámicas de diversidad, como los debates en torno al transnacionalismo (o el hecho de que las personas puedan tener varias adscripciones nacionales, como con frecuencia pasa con los inmigrantes, que pueden sentirse españoles, madrileños y colombianos, españoles, catalanes y marroquíes, especialmente las nuevas generaciones nacidas aquí. Y no digamos hijos de matrimonios mixtos). O el cosmopolitismo, que para mí es un claro desafío a los estados nacionales que suelen legitimar valores universales (los derechos humanos, la igualdad, el respecto, la solidaridad) mezclados con argumentos de tradición nacional.

Todas estas nuevas pautas que nos puede ayudar a interpretar la diversidad fueron ignoradas por el multiculturalismo. No existe una teoría multiculturalista del transnacionalismo, por ejemplo. En el libro uso resultados de estudios empíricos, a nivel de encuestas sobre identidades múltiples y complejas, en el ámbito sociológico y de psicología, que me ayudan a reforzar el argumento de que en una sociedad donde existen cada

vez más personas con varias identidades nacionales, el interculturalismo se puede presentar como una política más atractiva. O dicho de otro modo y en forma de sentencia: personas con identidades complejas tienden a ser más interculturales que personas con identidades simples.

Forma también parte del hilo conductor del libro el enfoque de la ciudadanía. No olvidemos que el título es «ciudadanía intercultural»: Este aspecto no es solo una invitación a entrar en el debate iniciado por Kymlicka en 1995 sobre ciudadanía multicultural, sino también la forma de destacar un aspecto distintivo de la política intercultural. Su dimensión socializadora y lo que nombro como citizen-making policy. La base es la siguiente: uno no nace ciudadano intercultural, sino que la ciudadanía intercultural se hace.

El paradigma intercultural no es únicamente un enfoque, una filosofía, sino una estrategia y una metodología: Tiene un componente socializador que hay que potenciar en contextos de diversidad.

También hablo en el libro de como el interculturalismo penetró en Europa y adquirió nuevas dimensiones, procedente de reflexiones a nivel global, como filosofía para la resolución de conflictos internacionales: el diálogo intercultural. Toda esta contextualización forma parte de la primera parte del libro, donde situó el paradigma intercultural dentro del debate de la diversidad dominado por el multiculturalismo.

En la segunda parte paso ya a lo que denomino los fundamentos de la interculturalidad. Es decir, me preocupo por identificar y discutir los que yo creo son los pilares básicos del interculturalismo. Esta discusión arranca con una pregunta básica fundamental: Si el interculturalismo busca promover el contacto entre personas de diferentes nacionalidades y que ilustran diferentes categorías de diversidad, ¿por qué la promoción del contacto es buena para la sociedad y qué beneficios podemos extraer? Aquí pasamos de la dimensión descriptiva de del interculturalismo (promover el contacto) a la normativa. Aquí entramos en las dimensiones de ingeniería política del interculturalismo y en la capacidad de potenciar los aspectos transformadores de las personas (constructivismo político), y también en cuáles son las condiciones necesarias para promover relaciones y cómo a partir de esta promoción podemos extraer benéficos públicos y sociales (tema del último capítulo, donde exploro resultados de los primeros estudios empíricos).

En esta segunda parte entro con varios temas importantes que, por falta de tiempo y espacio, tan solo puedo nombrarlos para invitarles a leer el libro.

Incorporo la interculturalidad como nuevo valor que podría revitalizar la identidad europea. Golpeada por las políticas que actualmente se hacen y sus fracturas en políticas básicamente exteriores e internacionales, así como el brexit y el haber enterrado el concepto de ciudadanía europea por poner restricciones a la movilidad interna, uno de los valores centrales de la identidad europea. Aquí hablo de los inmigrantes como pioneros de una nueva Europa y de que Europa no se puede construir ignorando esta realidad que se traduce en diversidad. La interculturalidad es un valor que puede conducir a una nueva forma de construir la identidad Europa.

También me preocupo en otro capítulo de insertar la ciudadanía intercultural dentro de las tradiciones de ciudadanía democrática. Ante la ciudadanía liberal (centrada en derechos), comunitarista (centrada en sentimiento de pertenencia comunitario-nacional), el paradigma político intercultural promueve una ciudadanía basada en la práctica, en el valor del espacio público, en la participación como base para promover el sentimiento de pertenencia y, sobre todo, del espacio público, cuya teorización olvidó el multiculturalismo, como ya hemos avanzado. Dedico bastantes páginas al espacio público, cogiendo los principales argumentos de debates que se hacen dentro de estudios de urbanismo y sociales. Espacio público como espacio de encuentro que hay que proteger frente al Mercado y frente a lógicas competitivas que se traducen en racismo y xenofobia, discriminación, relaciones de poder y espacios de desigualdades. El espacio público es todo lo que existe en la ciudad: parques, calles, mercados, salidas de colegios, espacios abiertos y públicos.

También en otro capítulo hablo de algo que no debemos dar por supuesto y que es importante. Si el interculturalismo es una filosofía pública que promueve las relaciones, hay que teorizar estas relaciones. Intento esbozar una teoría de las relaciones en contextos de diversidad (inter-linkage theory). La base del paradigma intercultural es obviamente la clásica hipótesis del contacto de Allport en 1954, muy preocupado por la existencia del prejuicio y de estereotipos en nuestra sociedad y cómo estos gobiernan nuestras relaciones y nuestras vidas y quien llegó a concluir que la mejor estrategia para reducir prejuicios y fomentar el conocimiento mutuo era el contacto. Pero esto era solo posible si se cumplen cuatro condiciones fundamentales:

1) Igual estatus entre las personas. El contacto en relaciones de poder o desiguales, en lugar de reducir, puede reforzar todavía más los prejuicios y alimentar todavía más el desconocimiento entre personas.

2) Actividad cooperativa y finalidades comunes. Esto es importante. Si se produce contacto en condiciones de competitividad o si no se comparten las finalidades que implican el contacto, la relación puede generar más efectos negativos que positivos.

3) Intereses comunes y humanidad. Aquí podrían entrar contactos basados en relaciones solidarias, por ejemplo, o al menos, intereses iguales y compartidos entre las personas. Por ejemplo, es más fácil que interaccionen una argentina y un marroquí, con un español si los tres son artistas y músicos, que no dentro de un mismo grupo, una argentina de clase

social baja y una de clase social alta, si no tienen al menos un mínimo interés común que les motive a interactuar y dé sentido al contacto.

4) Finalmente, Allport señala: apoyo político para el contacto. Aquí entramos en lo que ahora mismo estoy realizando, proporcionar argumentos que legitimen la necesidad de apoyo político. Sin apoyo político, diría incluso más, sin que el interculturalismo se convierta en propia filosofía de la ciudad, con un marco institucional de apoyo, es muy difícil que el contacto se reproduzca en la sociedad.

En este mismo capítulo del libro entro en teorías sociales del contacto, e intento desmembrar diferentes formas de contacto, desde el visual al corporal y al verbal. Hablo de grados de contacto: interacción, interdependencia, hasta el solidario, que también es una forma de contacto. Incorporo no únicamente el espacio sino también el tiempo: ¡a veces las relaciones interculturales tienen lugar en el bus y después nunca más! Y ese momento puede determinar nuestra actitud y visión de la diversidad.

Esta lógica de abordar el interculturalismo desde las condiciones que hagan posible el contacto es fundamental, puesto que legitima la necesidad de hacer políticas que fomenten condiciones positivas, como políticas contra los prejuicios y rumores, tan en boga en muchas ciudades españolas, o políticas que promocionen la igualdad de derechos para fomentar contactos, o que impulsen la representatividad dentro de nuestras instituciones públicas como los partidos políticos, la administración pública, la policía, los maestros de escuela, por ejemplo. Si existen una separación entre la realidad de la diversidad y la representatividad, esta anomalía debe ser objeto de políticas interculturales.

También aquí entran las políticas que fomenten la participación. La base de esta perspectiva radica en que, si los inmigrantes en general no pueden penetrar en los espacios de participación existentes, en las asociaciones de vecinos, en las AMPAS, en los comités de fiestas del barrio, entonces esta falta de participación no ayuda a fomentar contextos adecuados para el contacto.

Por último, me pregunto al final del libro cuáles son los beneficios públicos de la promoción del contacto. Este tema es fundamental. Aquí entro en la dimensión más normativa del paradigma intercultural, y el que se distancia más del paradigma multicultural, puesto que tiene en su base una concepción muy diferente de la diversidad. Ya no me planteo la necesidad de fomentar políticas que fomenten contacto, sino que intento dar respuesta a la pregunta ¿por qué es mejor el contacto que el no contacto?. ¿Cómo se justifica el contacto?

En esta última parte del libro tengo en cuenta los debates de psicología social, sociología y antropológicos emanados de los primeros estudios empíricos. Un tema importante es que el paradigma intercultural expresa una nueva forma de interpretar la diversidad, como un recurso para el desarrollo social y económico. Para mí, esta perspectiva, la diversidad como ventaja y oportunidad («diversity advantge»), que tiene su raíz en estudios urbanistas, empresariales y de mercado, es fundamental, porque no se puede promover contacto, y por tanto el paradigma intercultural, si no se tiene en cuenta como horizonte los beneficios sociales que puede generar. La cohesión es uno de ellos, y la solidaridad, la mentalidad cosmopolita son productos del contacto, pero también la reducción de la xenofobia, la discriminación y el racismo. La percepción de la diversidad como un recurso para el desarrollo está detrás de los debates sobre Ciudades Cosmopolitas, Creativas y Globales, que con frecuencia son discusiones que se dan sin conectarlos entre ellos. Aquí entran también debates en el mundo laboral, donde un ambiente intercultural y de diversidad fomenta el espíritu creativo en el trabajo, el buen ambiente laboral. Déjenme dar un ejemplo para ilustrar este argumento de la diversidad como un recurso para fomentar beneficio público. Los inmigrantes habitualmente son políglotas, y que un marroquí hable castellano es un buen recurso para fomentar comercio en países de habla árabe. El mensaje intercultural es claro: ¡Los inmigrantes tienen un capital social y cultural que hay que «explotar» en el buen sentido de la palabra!

Resumiendo la hoja de ruta del libro, y ya para acabar. El reciente debate entre multiculturalismo e interculturalismo probablemente ilustra que estamos presenciando un proceso de cambio de paradigma político. La función de un paradigma político es proporcionar un marco narrativo y legitimador para la formulación de políticas, y no podemos negar que la ciudadanía intercultural ya ha atraído a muchas ciudades y responsables políticos locales de toda Europa y otros lugares. Desde el punto de vista de la aceptación pública, incluso ha alcanzado un nivel de consenso entre la sociedad, las políticas y la política, lo cual no ha ocurrido con otros paradigmas, como el nacional-cívico y el multiculturalismo. El surgimiento de la ciudadanía intercultural en Europa está directamente relacionado con el «giro local» en los estudios de migración y diversidad, con dispositivos pragmáticos sobre la forma de gobernar la diversidad.

El desarrollo del argumento de ciudadanía intercultural se ha contextualizado en la era postmulticultural. El prefijo «post» se ha utilizado en dos sentidos: analíticamente, tiene una dimensión temporal obvia. Indica que estamos entrando en un nuevo contexto histórico. Normativamente, también significa que estamos experimentando un cambio de paradigma, un cambio de política en la forma en que hemos llevado a cabo la gestión de la diversidad. En este caso, «post--» se ha utilizado básicamente para expresar la visión de que necesitamos ir más allá de la narrativa dominante multicultural.

Como narrativa, la ciudadanía intercultural pueden ayudar a desarrollar una ideología, una filosofía, una estrategia política, un mecanismo de política e, incluso, una metodología epistemológica. Tiene una naturaleza de ingeniería transformadora y, como tal, trata de fomentar

En nuestro mundo y nuestras ciudades diversas, todos somos cada vez más los "otros".

algo que sea valioso para las personas y pueda hacer que la sociedad desarrolle sus herramientas para domesticar el camino histórico actual de la globalización.

La ciudadanía intercultural se ha diseñado como una estrategia política que puede ayudar a canalizar la mayoría de los subproductos negativos de una dinámica de diversidad que se está extendiendo en la sociedad, sin intervención política. Esta filosofía de ciudadanía intercultural se ha presentado como un remedio para evitar las consecuencias de una diversidad mal administrada o simplemente no administrada. Esta falta de mentalidad intercultural en la cultura pública es probablemente una de las grandes deficiencias que tenemos hoy en día en nuestras sociedades democráticas liberales. Tales preocupaciones no son nuevas en nuestra historia del longue durée, por hablar en términos de Braudel. La gente común siempre ha tenido dificultades para unirse al curso principal de la historia sin sufrir directamente sus consecuencias en términos de injusticia y desigualdad.

Entonces debemos aceptar que la diversidad tiene una cara de Jano, que va de la extrema otredad a la unión. Todos conocemos el lado negativo de la diversidad: la diversidad relacionada con la migración supone disturbios sociales, racismo, xenofobia, discriminación, desigualdad, relaciones de poder desequilibradas, trato poco ético, violación de los derechos humanos, pérdida de valores tradicionales, estereotipos, prejuicios y falta de confianza, entre otros. Hoy, todas estas categorías pueden encapsularse perfectamente en el amplio marco de «conflicto social». Quizás sepamos menos del lado positivo en términos de beneficios sociales, diversidad como recurso para fomentar el bien público.

En este sentido, la ciudadanía intercultural no solo tiene una dimensión reactiva, como siguiendo un enfoque basado en conflictos, y luego entendida como un mecanismo para reducir los factores de conflictos relacionados con la diversidad; sino también lo más importante, una dimensión proactiva, en términos de fomento de la creatividad, nuevos términos de cohesión, innovación, solidaridad y desempeño económico / social.

Solo las prácticas políticas y los resultados nos dirán si este paradigma político emergente en la agenda de migración y diversidad ha venido para quedarse o si solo ha sido una ola corta que no ha logrado ofrecernos el cordón sanitario tan necesario para prevenir cualquier forma de ideología extremista, ya sea supremacista, islamista o cualquier ideología radical y populista que amenace a nuestras democracias liberales.

Notas y referencias:

1. Tal como se apunta en la portadilla y es válido para todos los trabajos de esta revista, el autor desea subrayar que este artículo es el texto íntegro transcrito de la Conferencia Inaugural del Curso Interculturalidad y Derechos Humanos, impartida en Alcalá de Henares el 10 de diciembre de 2019.

2. Más datos sobre este libro, en la web de su editorial: https://uk.sagepub.com/en-gb/eur/intercultural-citizenship-in-the-post-multicultural-era/book266640

3. Will Kymlicka. Filósofo, profesor y politólogo canadiense considerado uno de los más importantes representantes de la filosofía política actual. Los problemas étnicos, la convivencia multicultural, el funcionamiento del liberalismo clásico en un entorno globalizado y étnicamente fragmentado se ubican entre sus principales campos de investigación. Doctorado en Filosofía por la Universidad de Oxford y catedrático de Queen's University en Canadá, ha publicado entre otros títulos: Liberalism, community, and culture (1989); Contemporary political philosophy (1990); multicultural Citizenship (1995); Finding our way: rethinking ethnocultural relations in Canada (1998); Politics in the vernacular: nationalism, multiculturalism, citizenship (2001).

4. Tariq Modood. Es el director fundador del Centro para el Estudio de Etnicidad y Ciudadanía y un referente en los estudios sobre minorías étnicas en Reino Unido. Este profesor paquistaní británico imparte clases de Sociología, Política y Políticas Públicas en la Universidad de Bristol. Sus áreas de investigación se concentran en los temas relacionados con el racismo, la igualdad racial, el multiculturalismo y el secularismo. Ha sido investigador principal en la Cuarta Encuesta Nacional de Minorías Étnicas en Gran Bretaña en 1997 y director de Bristol para el Programa Leverhulme sobre Migración y Ciudadanía con UCL. Es cofundador de la revista científica Ethnicities. Actualmente forma parte del grupo directivo de la Comisión de Religión y Creencia en la Vida Pública Británica.

5. Charles Taylor es un filósofo canadiense reconocido mundialmente por sus estudios sobre Modernidad, Secularismo y Ética. Su obra se caracteriza por tender puentes entre corrientes a menudo enfrentadas: Ilustración y comunitarismo, fe y razón, filosofía y acción política, filosofía analítica y filosofía continental. Los diversos estudios que ha realizado a lo largo de su extensa y fructífera carrera le han otorgado un amplio reconocimiento entre filósofos e intelectuales de todo el mundo, además de galardones como el Premio Kioto y el Premio Templeton. En cuanto al multiculturalismo, sus ideas han tenido gran influencia ante los crecientes desafíos de las sociedades de hoy para la integración de las minorías. Junto a Gérard Bouchard, asumió en 2007 el encargo del gobierno canadiense de gestionar la Comisión Bouchard-Taylor sobre las prácticas de acomodación en referencia a las diferencias culturales en la provincia de Quebec. Actualmente es profesor en el departamento de estudios religiosos de la Universidad McGill, en Montreal.

6. De origen indio, Bhikhu Parekh, es un teórico político, académico y homólogo británico. Ha impartido clases en la London School of Economics y en la Universidad de Glasgow. Ha sido profesor de Teoría Política en la Universidad de Hull y de Filosofía Política en la Universidad de Westminster. Se desempeñó como presidente de la Academia de Ciencias Sociales de 2003 a 2008. Parekh también ha servido en la Comisión para la Igualdad Racial (incluido un período como vicepresidente) y ha sido miembro de varios órganos preocupados por cuestiones de igualdad racial y multiculturalismo, especialmente como Presidente de la Comisión sobre el Futuro de Multi- La Gran Bretaña étnica de 1998 a 2000. El informe de este organismo (a menudo denominado "Informe Parekh") ha sido la base de gran parte del debate sobre el multiculturalismo en el Reino Unido a principios del siglo XXI. Fue nombrado Lord en 2010 y se sienta en el Parlamento como un par del Partido Laborista.

7. Gerard Bouchard es un sociólogo canadiense que copresidió, junto a Charles Taylor, la Comisión Bouchard-Taylor que creó el gobierno de ese país para estudiar la aportación quebequense a la cohesión social en sociedades multiculturales que se enfrentan al reto de la integración de diferentes grupos étnicos y religiosos.

8. Ted Cantle creó el Instituto de Cohesión Comunitaria (iCoCo) y se convirtió en la principal autoridad del Reino Unido en materia de cohesión comunitaria y relaciones interculturales. Ha establecido la Fundación iCoCo para desarrollar este trabajo y desarrollar políticas y prácticas sobre interculturalidad y cohesión comunitaria. También ahora es presidente de una nueva organización benéfica nacional del Reino Unido establecida para desarrollar la capacidad de este sector. En agosto de 2001, fue nombrado por el ministro del Interior para presidir el Equipo de Revisión de Cohesión de la Comunidad y dirigir la revisión de las causas de los disturbios de verano en varios pueblos y ciudades del norte. El Informe pionero, conocido como «el Informe Cantle», se produjo en diciembre de 2001 y formuló alrededor de 70 recomendaciones. El concepto de 'cohesión comunitaria' posteriormente fue adoptado por el gobierno del Reino Unido y muchas de las intervenciones que generó han sido utilizadas por las comunidades locales en este país y en todo el mundo. En los últimos años, Cantle ha trabajado con las autoridades locales, el sector voluntario, las escuelas, los departamentos gubernamentales, así como con el sector empresarial y otras agencias.

9. Nacido en 1959, Phil Wood ha sido socio de la Agencia de Política Urbana y Cultural Comedia desde 2000. Antes, fue director de Creative Town Initiative, un proyecto piloto urbano de 10 millones de euros de la Comisión Europea. Previamente se había desempeñado en la gerencia del Gran Consejo Metropolitano en el Reino Unido, involucrado en el desarrollo comunitario, la cultura, el apoyo empresarial y la regeneración urbana. Actualmente es asesor principal del Consejo de Europa en su programa transnacional Ciudades Interculturales (www.coe.int/interculturalcities).